

CON MOTIVO DEL 75° ANIVERSARIO DEL COLEGIO DEL SALVADOR *

"Si no precisamente en estos días, dentro del año que transcurre, se cumple el 75° aniversario de la fundación del Colegio del Salvador, que dirigen los Padres de la Compañía de Jesús, y un aniversario de esta naturaleza, íntimamente vinculado con los altos intereses de la enseñanza, sobre la que se cifra el porvenir de un pueblo, merece los honores del comentario, máxime si se tiene en cuenta que en rigor de verdad a través del mencionado establecimiento se continúa una labor docente que los maestros jesuitas iniciaron en esta ciudad no mucho después que Garay echara los cimientos de la segunda fundación de Buenos Aires.

En efecto, en el solar por tantos motivos histórico de la Plaza de Mayo, sobre el costado este, entre lo que actualmente es la Casa de Gobierno y la Pirámide, se levantó en 1617, con el nombre de Nuestra Señora de Loreto, el primer colegio de los jesuitas que funcionó desde esa fecha hasta 1661, o sea durante un período de cuarenta y cuatro años. La ampliación de la primera fortaleza, exigió el traslado del colegio de Loreto. Los Padres ocuparon entonces la manzana de terreno comprendida entre las calles de Bolívar, Alsina y Moreno y construyeron aquel colegio de arquitectura típicamente colonial que tantos argentinos, porteños y provincianos, frecuentaron hasta poco ha y que fué denominado de San Ignacio. La piqueta dió en tierra con él para abrir paso al Colegio Nacional Central. En el lapso comprendido entre 1661 y 1767 —más de un siglo— la cátedra de los jesuitas, cobijada dentro de muros tan venerables, mantuvo en alto el nivel intelectual de los hijos de esta tierra. Desgraciadamente, el extrañamiento de la Compañía por orden de Car-

* Artículo publicado por el diario *El Pueblo* en el número del 28 de agosto último.

los III malogró en gran parte no sólo ésta sino también toda la obra misionera de tan esforzados apóstoles y maestros.

Empeñosas gestiones para la vuelta de los jesuitas tuvieron éxito en tiempos de Rosas. El 8 de agosto de 1836 se instalaron en la ciudad en medio del júbilo popular. "En el muelle —dice una relación de la época— los recibió la Comisión del Gobierno, la mayor parte del clero y gente innumerable de todas las categorías". Y agrega la relación: "el repicar de las campanas, el estallido de los cohetes, la lluvia de flores que caía de los balcones, la alegría que se pintaba en los semblantes, daba a aquella entrada un aire triunfal, al par que revelaba la fresca y gratísima memoria que vivía en aquel pueblo de los antiguos jesuitas y producía ahora tales transportes de entusiasmo". Rosas y el Obispo, monseñor Mariano Medrano, recibieron a los recién llegados con demostraciones de complacencia no menos efusivas.

Por el Departamento de Gobierno, y con fecha de 26 de agosto de 1836, se dictó un decreto que lleva la firma de Rosas por el cual la Compañía de Jesús quedó legalmente reconocida como orden religiosa. El decreto dice así:

"Habiendo venido de Europa a esta ciudad seis religiosos de la Compañía de Jesús, que acogidos por el gobierno de un modo particular con aplauso general de los habitantes de este pueblo católico, se han manifestado deseosos de ser útiles a esta Provincia, en las funciones de su instituto que se crean más necesarias para su felicidad, y considerando el gobierno que es llegada la ocasión de propender al restablecimiento en esta Provincia, de la expresada Compañía tan respetable entre nosotros, por los imponderables servicios que hizo en otro tiempo a la Religión y al Estado en todos los pueblos que hoy forman la República Argentina, a fin de facilitar el logro de este importante objeto, en uso de la suma del poder público de que se halla investido, ha acordado y decreta:

"Artículo 1º Los predichos seis religiosos de la Compañía de Jesús serán alojados mientras permanezcan en esta ciudad, en el Colegio que fué de la expulsa Compañía de este nombre, entregándoseles las llaves de él correspondientes al local que hoy se denomina Colegio, para que vivan en comunidad

conforme a su regla, reciban en él a todos los demás individuos de la Compañía que vengan de Europa a observar su instituto en esta provincia, y establezcan las aulas de estudios que el Gobierno tenga a bien encomendarles; en cuyo caso, si fuese necesario, se les aumentará el local con las piezas contiguas, que sean más a propósito, pertenecientes al mismo edificio.

"Artículo 2º Comuníquese esta resolución al reverendo Obispo de esta Diócesis, y demás a quienes corresponda, publíquese, e insértese en el Registro Oficial".

El Colegio de San Ignacio abrió de nuevo sus puertas para acoger a la juventud argentina de la época. La que se educó en sus aulas durante el lustro que funcionó —1836-1841, año este último en que los sucesos de todos conocidos determinaron la salida de los Padres— brilló más tarde en las ciencias, el foro y la política.

En 1868 los católicos de Buenos Aires pudieron satisfacer sus deseos de contar en su seno, otra vez, a los Padres jesuitas, los cuales a poco de arribados se entregaron además del apostolado a la noble tarea de la enseñanza.

Con el nombre del Salvador se levantó entonces el colegio que, sufriendo algunas modificaciones en su estructura, se mantiene en pie, como se ve, desde hace tres cuartos de siglo. Fué su fundador el R. P. José Sató y su primer rector el R. P. Juan Coris.

Uno de sus primeros alumnos, el Dr. Norberto Fresco, en el discurso que pronunciara en el banquete con que se festejó el 50º aniversario, describió sobria y felizmente el aspecto que ofrecía el Colegio y sus contornos en 1868. "Recuerdo, dijo, que era un edificio de un solo piso alto, que arrancando de la esquina de Lavalle, entonces del Parque, tenía su único frente sobre Callao, terminando bruscamente, inconcluso, bastante antes de llegar a Tucumán, donde había un viejo galpón. Lo demás de la manzana estaba cerrado por una pared sin revocar. A pesar de que su capacidad era únicamente para cincuenta alumnos, su mole parecía inmensa en el barrio chato y sobre la ancha e implacablemente asolada calle".

"Las aceras de ladrillo, el alumbrado, no recuerdo bien

si de vela o de petróleo, las grandes tapias de ladrillo sin revocar y lo insignificante y pobre de los edificios, salvo una que otra casa nueva, daban la impresión de la gran aldea polvorienta o pantanosa, según el tiempo, y aburrida siempre. El ferrocarril del Oeste, que arrancaba de la plaza, hoy Lavalle, corría por el centro de la calle de este nombre, y entraba en la curva enfrente mismo del Colegio, para seguir su ruta por Corrientes".

Y por lo que toca a otros aspectos de la vida del Colegio, refirió: "Durante los primeros años, creo que hasta 1872, la visita de nuestras familias se efectuaba los domingos de 1 a 3, y como la mayoría de los alumnos eran hijos de las más representativas familias, bien pronto resultó que esas visitas llegaron a constituir un centro de reunión y cultura exquisitas. Allí semanalmente se reunían nuestros padres, y en ese ambiente calentado por el amor de los hijos se mezclaban amistosamente mitristas y alsinistas, en que se hallaba dividida la opinión pública del país".

"Esos hombres venían, naturalmente, con sus esposas e hijas, y más naturalmente aun, detrás de estas últimas los correspondientes novios y festejantes. Total, la visita del Salvador se transformó en selectísima reunión social, y fué de moda pasar por ella antes de ir a Palermo. Los Padres se apercebieron, y un buen año la visita se fijó de 10 a 12, con lo que se acabó la fiesta".

"Invariablemente, los jueves y domingos, salíamos a paseo de dos en dos, por brigadas, y bajo el cuidado del prefecto respectivo; de levita, tal como suena, y con gorra, galoneada de oro y los que las habían obtenido con sus medallas al pecho".

"La calle Callao, en dirección al Norte, era generalmente nuestro camino, y las toscas del río, desde Retiro hasta Palermo, nuestro destino. Cuando se llegaba a la calle Córdoba, ya terminaba, puede decirse, la edificación que, aunque mala y pobre, era hasta allí compacta. Después se seguía entre quintas y terrenos abandonados, cercados con zanjás llenas de moras y tunas, hasta el sitio que ocupa hoy día el Colegio del Sagrado Corazón, Callao y Juncal, donde penetrando por un

portón tomábamos campo abierto hasta salir por detrás de la Recoleta, costeano la quinta de D. Samuel Hale para llegar al río, cuyas toscas y orillas conocíamos como nadie desde Palermo hasta el Retiro".

No habían transcurrido siete años de la apertura del Colegio del Salvador cuando, el 28 de febrero de 1875, la turba, azuzada desde el subsuelo de las logias, cometió el hecho vandálico de incendiarlo y de atacar a sus moradores. No es el caso de traer a colación los detalles de tan ignominioso suceso que conmovió a la ciudad y aun a la República entera, pero si cabe destacar que la Providencia dispuso que al mes y cinco días de la catástrofe "se abriesen las clases entre los escombros del antiguo edificio".

Desde entonces el Colegio ha venido llenando su misión cada vez con más eficiencia y satisfacción de los numerosos padres de familia que han encomendado la educación moral e intelectual de sus hijos a los Padres de la Compañía; y el establecimiento docente ha sido además centro del cual han partido importantes iniciativas de hondo sentido cultural, social y religioso que las columnas del periodismo han registrado en innumerables ocasiones.

Digna de la pluma del historiador concienzudo es la vida, llena de acontecimientos y rica en opimos frutos, del Colegio del Salvador. Cuando ella se condense en el volumen de cautivante lectura podremos apreciarla en todas sus fases y aquilatar los beneficios de todo orden que ha reportado a generaciones y generaciones de argentinos. Entretanto, con motivo de las fechas jubilares que en estos días acaecen, los exalumnos del Salvador formulan los más efusivos votos para que la Patria siga contando en su seno maestros de la talla moral de los que desfilaron por las aulas del histórico Colegio".

P E D R O T I L L I